



# Lo que no se enseña

Sebastián Avelino



Aprendí a inyectar, pero también a respirar profundo,  
a contener el llanto, mientras sostengo el tuyo.

Mi uniforme no es escudo,  
es piel extra que cargo con orgullo.

Las madrugadas huelen a alcohol y a esperanza,  
a café tibio, a pasos que no descansan.

Las venas no siempre ceden al primer intento,  
como el alma, que también necesita tiempo.

Me hice fuerte con manos temblorosas,  
con miradas que piden sin voz, sin respuestas hermosas.

Escuché más historias en una sala gris  
que en todos los libros que alguna vez leí.

Vi morir a personas mientras fingía firmeza,  
mientras aguantaba el mar en los ojos,  
como si sentir fuera debilidad,  
como si el corazón no latiera bajo el uniforme blanco





Pero también se ríe, también se llora,  
también se celebra cuando el alma mejora.  
A veces me canso, me frustro, me quiebro,  
pero siempre vuelvo, por respeto primero.

Y a pesar de los turnos eternos,  
del cuerpo agotado, del alma en silencio,  
algo me empuja a volver otra vez,  
como si no supiera hacer otra cosa más que cuidar.

Estudiar enfermería no es solo aprender a curar,  
es aprender a estar, a sostener, a no juzgar.  
Es llorar a escondidas tras una puerta,  
y volver con voz firme y sonrisa abierta.

Y aunque duela más de lo que imaginé,  
aquí sigo, porque descubrí  
que el alma también se entrena  
para sanar sin dejar de sentir.